

¡Cállate, dragón malvado! No quiero tener más hijos contigo

V6

Capítulo 49: Nevada.

Huele a árboles.

Mientras la luz del sol, filtrada por las hojas, entraba por la ventana, Alpha levantaba la vista de los documentos que estaba organizando. Se ponía de pie y se acercaba al alféizar. Afuera, junto a la carretera, había árboles, y más allá se extendían los edificios de la capital.



El otoño estaba llegando a su fin, y el viento traía consigo el aroma de los árboles, engalanados con sus resplandecientes tonos otoñales.

En aquel entonces, ese suave aroma a madera era su compañero constante. Alpha cerraba los ojos y rememoraba el pasado.

Recordaba cuando todos vivían juntos; recordaba ese olor nostálgico.

Desde aquel día, Alpha no había dejado de correr. Había vivido una vida demasiado agitada como para detenerse a oler los árboles.

La luz del sol que se filtraba entre las hojas bañaba la habitación con un precioso tono rojizo.

—Es hora, Alpha.

Oía que llamaban a la puerta y entraba Gamma.

—¿Te acuerdas? ¿De cómo solíamos hablar, rodeadas del aroma de los árboles? —le preguntaba Alpha.

—¿El aroma de los árboles? —Gamma se acercaba a Alpha y observaba los grandes árboles que bordeaban el camino. Cuando el viento traía su fragancia, Gamma inhalaba profundamente y entrecerraba los ojos con nostalgia—. No había pensado en eso en años.

—El sueño del que hablábamos entonces se estaba haciendo realidad. Pero aún no habíamos llegado.

—Pero íbamos por buen camino.

—Habíamos elegido un camino en el que creíamos, y ahora solo teníamos que seguir adelante. No podíamos tener piedad de nadie que se interpusiera en nuestro camino. Vamos, ¡en marcha!

—Justo detrás de ti.

Puede que el tiempo a solas de Alpha con él hubiera disminuido. Sin embargo, el aroma de esos árboles permanecería en ella para siempre.

—Sí... ¿Cómo lo supiste?

—¿No nos lo dijiste cuando te transferiste a nuestra escuela? Estaba casi seguro de haberte oído mencionarlo... Bueno. En fin, mi cumpleaños era el nueve de abril, así que yo era mayor.

—...

—Ya tenía dieciséis.

—...

Un silencio indescriptible se instaló hasta que Masachika carraspeó para disimular la incomodidad.

—¿Ejem! Bueno, se estaba haciendo tarde, así que...

—Sí.

—Gracias, Alya.



—No tenías que agradecerme...

—Nos veíamos mañana.

—Buenas noches.

Tras colgar, extendía los brazos.

—¡Mmm...! ¡Vamos allá!

Y volvía a enfrentarse a su libro de texto, como si la llamada le hubiera insuflado nueva vida. Su completa falta de motivación de hacía unos minutos parecía un sueño. Sin embargo, no era la apuesta que había hecho con Alisa lo que lo motivaba. El simple hecho de tenerla cerca, alguien que se tomaba la molestia de llamarlo en lugar de estudiar, lo hacía feliz. Sentía que debía corresponderle por su amabilidad estudiando, al menos.



“Me sorprende que supiera que estaba perdiendo la motivación...” Si bien le daba vergüenza que lo hubiera descubierto tan fácilmente, también lo hacía feliz. Llámenlo telepatía. Llámenlo un vínculo profundo. Llámenlo como quisieran, porque fuera lo que fuese, conmovía a Masachika.

—Gracias, Alya.

Sonreía tímidamente mientras expresaba en voz baja su gratitud a su compañera, y luego comenzaba a hacer los preparativos finales para el examen.

Los enanos le ofrecieron a Leon varios planes de reparación para la Espada Nube de Trueno. Tras elegir uno, el jefe Yachi condujo a más de una docena de los mejores artesanos de la tribu a una montaña nevada a decenas de kilómetros de distancia.

Las herramientas de forja de la tribu eran insuficientes para reparar la Espada Nube de Trueno, dado el alcance de los daños.

Sin embargo, en la montaña nevada, fuera de la tribu, se encontraban las herramientas de forja ancestrales de primera categoría de los enanos. Solo con ellas podría repararse la Espada Nube de Trueno.

No obstante, el entorno montañoso era inhóspito, lo que dificultaba la obtención de comida, ropa y refugio. Construir un refugio temporal llevaría demasiado tiempo, por lo que Leon no permitió que Rossweisse lo acompañara.

Además, Burro debía permanecer allí, esperando la llegada de los enanos para construir su estatua.

Curiosamente, con Burro a su lado, Rossweisse también podría supervisarlos, impidiendo que personas sin escrúpulos le hicieran daño.



Antes de partir, el jefe Yachi dispuso específicamente que dos sirvientas enanas atendieran personalmente a Rossweisse.

Sin embargo, la considerable diferencia de tamaño incomodaba bastante a Rossweisse.

En su templo, las sirvientas tenían prácticamente la misma altura, lo que facilitaba la comunicación; pero allí, Rossweisse tenía que alzar la vista cada vez que quería hablar con las dos enanas.

No es que esperara que las sirvientas fueran sumisas; una reina no era una princesa y no tenía ese tipo de afectación.

Simplemente, tener que alzar la vista constantemente, con el tiempo, le provocaba un ligero dolor de cuello.

Y esta era solo la incomodidad de la comunicación diaria.

Al vivir entre los enanos, Rossweisse se encontró con muchas otras cosas a las que le costaba adaptarse.

Por ejemplo, todos los utensilios domésticos eran varias veces más grandes de lo que ella solía usar. Aparte de ollas y

sartenes, incluso las casas y las viviendas hacían que Rossweisse se sintiera diminuta.

Los enanos no carecían de ingenio.

Tras darse cuenta de que la mensajera de la bestia sagrada no se acostumbraba del todo a la vida allí, alguien sugirió:

—Mi señora, ¿acaso no es usted un dragón? ¡Conviértase en dragón!

Rossweisse permanecía en silencio, simplemente recostada en su enorme cama, añorando a su hombre.

Después de vivir allí unos días, Rossweisse se adaptó gradualmente a ese “mundo ampliado”.



Durante el día, pasaba el tiempo en la plaza de los enanos, acompañando a Burro mientras observaba a los artesanos construir estatuas.

Por la noche, llevaba a Burro de vuelta a la casa ampliada; afortunadamente, la casa era lo suficientemente grande como para que, incluso si Burro pasaba la noche allí, no se sintiera fuera de lugar.

Durante ese tiempo, recibió una carta de Claudia donde le contaba que el nuevo semestre en la Academia St. Hiss había comenzado y que Noah y los demás se habían reunido con éxito con Helena en la academia, pidiéndole a Rossweisse que no se preocupara.

En su respuesta, Rossweisse le dio las gracias a Claudia y también mencionó la Espada Nube de Trueno. Finalmente, Rossweisse le pidió a Claudia que les dijera a Noah y a los demás que su madre regresaría pronto.

Los días transcurrían así, y una semana después, Rossweisse paseaba por la calle, guiando a su burro.

No dejó que sus dos corpulentas criadas la acompañaran; la hacían sentir incómoda.

“¡Mamá, papá! ¡Hoy me iban a enseñar nuevas técnicas de forja!”

“Sin problema, vamos, papá te llevaba al taller.”

“¡Sí!”

...Oh, era una carta de papá. Decía que la espada del Enviado había comenzado a ser reforjada y que iba bien. El clima de la montaña nevada era muy duro; se había estado despertando congelado todas las noches esos días.

—Ah, entonces mamá iba a preparar unas mantas gruesas y decirle a alguien que se las enviara a papá.

—¡Vale! —Yo te ayudaría, mamá.

—De acuerdo.

Mientras caminaba por la calle, entre la multitud bulliciosa, Rossweisse escuchó vagamente la charla cotidiana de varias familias.

De repente, se detuvo. Una ráfaga de viento frío la rozó, y se quedó mirando fijamente la interminable extensión de nieve blanca que se extendía ante ella, invadida por una sensación de melancolía.

—Extrañaba un poco a Noah y a los demás...

La vista del paisaje despertaba emociones; después de todo, la Academia Fronteriza en el lejano norte estaba muy, muy lejos de su Templo del Dragón Plateado, y sería mentira decir que no extrañaba a su hija.

Además, ella y Leon no habían podido regresar para el inicio de clases unos días atrás.



Eso también hacía que Rossweisse se sintiera un poco culpable.

Cuando la añoranza y la culpa surgían al mismo tiempo, aunque era buena ocultando sus sentimientos, era inevitable que se reflejaran en su rostro.

Inquieta, Rossweisse sintió de repente una calidez en el dorso de la mano.

Al mirar hacia un lado, vio a Burro frotando suavemente su oreja contra su mano, como si la consolara.

Rossweisse sonrió, levantó la mano y acarició la cabeza de Burro.

—Burro listo. Sigamos nuestro paseo.

El dragón y el burro continuaban caminando cuando, de repente, una pequeña figura salió corriendo de un iglú al borde del camino.

Sus pasos crujieron sobre la nieve.

Rossweisse se detuvo y miró hacia donde provenía el sonido, solo para ver que la pequeña corría hacia ella.

Antes de que Rossweisse pudiera reaccionar, la niña se abalanzó sobre ella, abrazándola por la cintura y escondiendo su rostro en la suavidad de su pecho.

Rossweisse se quedó algo desconcertada, preguntándose de dónde había salido aquella niña de tamaño normal, y aún más por qué la había abrazado tan repentinamente.

Tras un instante de sorpresa, Rossweisse bajó la mirada. La niña tenía el pelo largo y blanco como la nieve, una figura algo delgada, y su ropa parecía ser una adaptación de prendas enanas demasiado grandes, que le quedaban un poco mal.

Rossweisse abrió la boca, queriendo preguntarle su nombre.



Sin embargo, en el momento en que la niña habló, Rossweisse se tragó las palabras que tenía en la punta de la lengua.

—¡Mamá... mami!

Rossweisse: ¿?

Burro: ¿?

Benita, aunque nuestros colores de pelo fueran parecidos, ¡no podías llamarme mami así como así! Incluso Rossweisse no pudo evitar quejarse para sus adentros.

Tomó suavemente el hombro de la niña, haciéndola retroceder un poco, y luego se agachó para que su mirada quedara ligeramente por debajo de la de la niña.



Solo entonces Rossweisse pudo ver bien el rostro de la pequeña.

Era una niña muy bonita, de cabello blanco y ojos dorados, dulce y encantadora.

A juzgar por su apariencia, debía ser unos años mayor que Helena.

Rossweisse extendió la mano y tocó suavemente la mejilla de la niña, secándole con el pulgar las lágrimas que se le escapaban del lagrimal. Luego sonrió y preguntó:

—Niña, ¿cómo me habías llamado?

La niña de cabello blanco frunció los labios. Después de ver bien el rostro de Rossweisse, pareció darse cuenta de que la había confundido con otra persona.

No respondió, solo miró a Rossweisse con cierta vergüenza e incomodidad, sin atreverse a mirarla directamente a los ojos.

—¡Xiaoxue! Xiaoxue, ¿qué hacías aquí? —Se oyeron fuertes pasos detrás de ella.

Rossweisse alzó la vista y vio a una mujer enana.

Corrió hacia ella, se arrodilló y se inclinó, diciendo con un dejo de disculpa:

—Lo siento mucho, Excelencia, esta niña no le había causado molestias, ¿verdad?

—Ah, no. —Rossweisse también se puso de pie y preguntó—: ¿Podía preguntar quién era?

—Oh, se llamaba Xiaoxue. Era una huérfana de guerra que el jefe había encontrado hacía unos años durante un viaje.

La mujer explicó:

—Cuando el jefe la encontró, parecía haber sufrido un fuerte shock y había olvidado muchas cosas, incluso el nombre Xiaoxue. Nosotros se lo dimos.

—¿Había perdido la memoria?

—Sí. —La mujer asintió, hizo una pausa y añadió—: Ah, cuando Xiaoxue quedó atrapada bajo la nieve, después de ser rescatada, llevaba una foto suya con su familia.

A Rossweisse se le ocurrió una idea y preguntó de inmediato:

—¿Podía ver esa foto?

—Claro, por favor, acompáñeme.

—De acuerdo. —Rossweisse tomó la mano de Burro y siguió a la mujer y a Xiaoxue al iglú cercano.

Dentro, la mujer sacó una foto de una caja, la sostuvo con cuidado entre los dedos y se la entregó a Rossweisse.

Rossweisse tomó la foto; era un retrato familiar.

En ella aparecían tres personas: Xiaoxue y sus padres.



La madre de Xiaoxue era joven y hermosa, con una larga melena que le llegaba a la cintura. De lejos, se parecía un poco a Rossweisse.

No era de extrañar que la niña la hubiera confundido con otra persona antes.

—Aunque había olvidado muchas cosas, Xiaoxue aún recordaba a su padre y a su madre —dijo la mujer, suspirando—. Pero el jefe buscó a su tribu durante mucho tiempo y no pudo encontrar a ningún otro superviviente además de Xiaoxue.

—¿En serio...? Era una niña tan desdichada.

Quizás era porque ahora ella misma era madre, pero a Rossweisse no le gustaba oír semejante historia; hasta el corazón más fuerte se conmovía.



Se arrodilló y le devolvió la fotografía a Xiaoxue.

La niña tomó la fotografía y la apretó contra su pecho, como si fuera un tesoro invaluable.

Rossweisse sonrió dulcemente y le acarició el cabello a Xiaoxue.

—El jefe me asignó a Xiaoxue para que la cuidara —continuó la mujer—, pero como...

Señaló su propio cuerpo grande y robusto.

—Como podía ver, Excelencia, los enanos éramos tan grandes que nuestra vida diaria nos causaba muchos inconvenientes.

—Mmm, lo sabía —Rossweisse reflexionó un instante, luego se levantó y posó suavemente las manos sobre los hombros de Xiaoxue—.

—Si no le importaba, ¿podía Xiaoxue quedarse conmigo unos días?

